

# PERDIDO EN UNA VENTISCA

Por *R. Curtis Barger*

LA MAESTRA miró preocupada por la ventana. Estaba nevando copiosamente. -Creo que deben esperar hasta que sus padres vengan a buscarlos -dijo. Estábamos en una escuela de las praderas, de una sola aula. Mi casa quedaba a casi cuatro kilómetros de distancia, en un campo sin alambrados. En la escuela había niños de diversas edades, de todos los grados, del primero al octavo. Muchos de los muchachos y las niñas venían a la escuela a caballo, cosa que también le tocaba hacer a la maestra. Para entonces esos alumnos ya se habían ido, porque ni ellos ni la maestra se preocupaban por su seguridad, ya que los caballos parecen tener un sentido especial de orientación que les permite volver a la casa aun cuando no se vea el camino. Pero los que quedábamos éramos los que veníamos a la escuela a pie, y aunque estábamos deseando llegar a casa, nos habíamos demorado en la escuela porque no nos animábamos a aventurarnos en esa tempestad de nieve y viento que se había desatado.



Esa mañana el cielo estaba claro y el aire tan tibio que en lugar de ponerme el abrigo lo había llevado en el brazo. Tampoco necesité la gorra ni los guantes, de modo que los guardé en el bolsillo del abrigo. A mediodía el aire se volvió frío y el cielo se puso de un color gris acerado. En las primeras horas de la tarde el cielo se llenó de negros nubarrones, el viento se volvió del noroeste y comenzó a soplar con más intensidad. En la última parte de la tarde, como una hora antes de que terminaran las clases, el cielo se puso muy oscuro, se llenó de nubarrones blancos y la nieve comenzó a caer copiosamente. Y a medida que aumentaba la densidad de la nieve, crecía también la fuerza del viento, hasta que los copos parecían volar por el aire, en línea paralela con el suelo.

-Srta. Sherman -le dije a la maestra-, yo me arreglaré muy bien para llegar a casa. Tengo abrigo, gorra y guantes y puedo seguir el caminito que hemos hecho a través del campo. No necesita preocuparse por mí.

Pero la Srta. Sherman conocía un poco de esa clase de tormentas y sacudió negativamente la cabeza. -Preferiría que no lo intentaras. Si llegara a pasarte algo, tus padres nunca me lo perdonarían y yo misma tampoco podría hacerlo. Es mejor que esperes hasta que vengan a buscarte.

Pensé en mi familia. Sabía cómo tenían que trabajar en la granja. Había que ordeñar las vacas, dar de comer a los animales y muchos otros trabajos que realizar. Es una tontería que mis padres tengan que venir a buscarme; yo puedo arreglarme para volver sin dificultad. pensé. Y sin esperar a que la maestra me dijera nada más, tomé mi caja de la merienda, abrí la puerta y me lancé afuera.

Me dirigí al caminito que conducía a mi casa. No está tan malo, pensé. Mas bien es divertido. Y al principio lo fue. Estaba seguro de reconocer cada mata de artemisa, cada cacto y cada amole que bordeaban el sendero que tantas veces habíamos recorrido en la pradera.

Pero de pronto comencé a sentir que el viento cortaba como un cuchillo. Mi abrigo era corto y la nieve se pegaba a los pantalones y al derretirse, los empapaba. Hacía frío, mucho frío.

Me dolían las orejas y traté en vano de cubrírmelas con la gorra. La nieve me hostigaba los ojos y comenzó a congelarse en las pestañas y las cejas. El viento helado me hacía doler las ventanillas de la nariz. Finalmente no pude aguantar más el azote del viento y la nieve en la cara. Me puse de espaldas al viento y me tapé las orejas con las manos. Me sentí mucho mejor.

Cuando me di vuelta para proseguir el camino, me di cuenta que lo había perdido de vista. Me fue imposible reconocer las marcas que lo señalaban y en cualquier dirección donde miraba, todo me parecía igual. ¡Estaba completamente desorientado!

Ese pensamiento me aterró. El corazón comenzó a latir con violencia. Recordé historias que había oído acerca de personas perdidas en una ventisca, y lo que les había ocurrido y, repentinamente, no sólo me sentí congelado por fuera, sino también por dentro.

Procuraba protegerme la cara y los ojos, pero me fue imposible encontrar de nuevo el sendero. El pánico se apoderó de mí, y comencé a correr. La nieve se apilaba ya en grandes montones en torno a los

matorrales de artemisa, y arremetí desatinadamente contra ellos. El temor me hizo gritar; pedí socorro; tropecé y caí de cabeza. Los pantalones humedecidos por la nieve se habían congelado y tenía las piernas entumecidas. Ya no sentía frío en las orejas y me di cuenta de que se estaban congelando. Los pies que me habían dolido de frío, los sentía ahora como si hubieran sido de plomo, como algo que estaba separado del cuerpo.

Lo único que podía pensar era que estaba perdido. ¡Perdido! ¡Perdido en una ventisca! De pronto dejé de arremeter contra los montones de nieve apilados alrededor de los matorrales, y de gritar. Me quedé inmóvil, dando la espalda al viento. Y a mi mente acudió el pensamiento: "Habla a Jesús, él te oirá y te ayudará".

¿Por qué no había pensado antes en él?. Elevé una sencilla oración, porque sólo tenía nueve años. Luego me dije:

"Debo continuar: debo encontrar el camino que conduce a mi casa. Me estoy congelando".

Ya no tenía tanto miedo, pero tenía la certeza de que debía seguir andando.

Corrí, tropezando y resbalando. Cegado por la nieve me enredé en una planta de artemisa toda cubierta de nieve y fui a dar contra un alambrado de púas. Las púas me rompieron el saco y se me clavaron en la piel, pero me llenaron de esperanza el corazón. ¡Ese era un alambrado, y un alambrado me conduciría a un albergue!

El Señor Jesús había escuchado y había contestado mi oración. Seguí el alambrado y llegué por fin a un portón que reconocí. Me trepé al portón y lo crucé. Al otro lado seguía un sendero bordeado por una cerca que conducía a un camino principal que se podía distinguir aun en medio de la tormenta de nieve. Tomando ese camino, pronto llegué a casa donde fui recibido por mi amante familia que estaba muy preocupada. Tenía congelados los pies, las piernas, las manos, la nariz y las orejas. Cuando mis padres trataron de descongelarlos, aun cuando lo hicieron muy lentamente, experimenté dolores muy agudos y éstos continuaron durante el proceso de restauración de la circulación normal.

Pero nunca jamás me olvidaré del temor y del terror desesperado que me oprimió el corazón cuando me di cuenta de que estaba perdido en medio de esa enneguecedora tormenta de nieve. Y tampoco me olvidaré de la paz que experimenté cuando oré pidiendo ayuda, ni del maravilloso alivio que sentí cuando me di cuenta de que Dios había escuchado mi oración y me había ayudado a encontrar el camino de regreso al hogar.